

como bolas de marfil en que aplicó tres golpes sonoros que resonaron hasta el interior de la iglesia.

Todo fué tan rápido, tan impensado, tan nuevo, que la gente que se aglomeró á toda prisa no pudo impedir ni aun comentar el caso.

A Toña García la llevaron á su casa, donde cayó con fiebre de horas que la puso á dos dedos del sepulcro; Toña Ceballos fué separada del sitio por sus amigos y deudos, hecha una leona y gritando que quería acabar con aquella perdida.

De allí á pocos días aconteció el envenenamiento del pobrecito Gaspar; vino luego la respuesta con la muerte de Manuel García; á continuación la entrada de los franceses en Cautlán, llamados por el Deán don Antonio para castigar á los Ceballos; luego el secuestro del capitular y al fin lo que usted sabe.

Y allí tiene usted cómo tres nalgadas (que sin perdón así se llaman) han hecho correr más sangre que la proclamación y afianzamiento de muchas ideas nuevas.

Villa de Zapopan, 6 de agosto de 1900.

PRO ARIS ET FOCIS . . .

NO hay para qué, dijo el viejo soldado, encubra, anagramatice ni disfrace el nombre de mi pueblo; como no ha cometido ningún delito de lesa majestad, ni se halla incurso en excomunión, ni ha sido declarado infiel ó traidor por ejecutoria alguna, puedo mencionarlo sin reparo, pues está en posesión de su estado civil como el rey en posesión de sus alcabalas.

Hállase situado Tlaxochimaco (que así se llama el lugar) en las últimas estribaciones de la sierra del Michtón. Parece como si Dios, habiendo hecho la traza del pobla-

do y convencídose de que no estaba en regla, hubiera arrugado entre sus excelsas manos el papel ó pergamino en que había hecho sus apúntes y lo hubiera dejado á la ventura; y que el diablo, viendo aquello abandonado, hubiera dispuesto levantar plazas y calles, casas y templos, dándoles la situación caprichosa en que habían quedado al ser arrojado el croquis de las manos del creador de mundos.

Todo es bajar y subir, trepar barrancos y eminencias, ver casas que están en lo alto como queriendo fisgar á las vecinas, casas que yacen en lo hondo, como queriendo ocultar su faz roñosa, triste y sin revoque, iglesias que tienen varios altares en la roca y plazas que guardan de un extremo á otro diferencias de nivel que hacen que para pasear en ellas se deseen el bastón ferrado y los zapatones de los alpinistas.

Montañeses recios y de dura cerviz, los habitantes del pueblo han sido siempre tan amantes de su libertad, que si bien la conquista española pudo someter á los naturales, éstos, lejos de solicitar envilecer á sus mujeres ó á sus hijas con aquellos

aventureros orgullosos, como lo hacían los caciques michoacanos, rechazaban sin temor á los que trataban de atentar contra su honra y sólo cedían á la fuerza. De eso proviene que haya un número tan escaso de mestizos entre los habitantes de Tlaxochimaco.

Tan valientes ó tan ilusos son mis paisanos, que no se contentaron con echar varias veces á los encomenderos durante el coloniaje, lanzándoles rociadas de flechas, sino que casi no hubo revolución, plan, asonada ó motincillo de alguna importancia que ellos no siguieran; pero con la circunstancia de que iban siempre al filo de la moda: lo más exaltado, lo más nuevo, lo más reciente y acabadito de estrenar era lo que los enamoraba y seducía. Por eso hubo quien se pronunciara allí en pro de las mayores logomaquias y de las más descabelladas opiniones con una formalidad graciosísima y que habría hecho morir de risa á cualquiera.

En cambio, cuanto significaba la defensa ó el amparo de la Patria obtenía también acogida calurosa. En las garitas de México,

cuando la invasión americana, y en Puebla durante el legendario sitio, los tlaxochimaquenses murieron como moscas, fueron desterrados, ó continuaron peleando en otras partes donde se combatía contra el extranjero.

Dicho se está que cuando el francés, pensando en extender sus operaciones, pasó á Tlaxochimaco, no hubo quien no quisiera resistir haciendo del lugarejo una nueva Sagunto ó una Zaragoza en miniatura. Pero desgraciadamente no estaban de acuerdo los ímpetus y los elementos. Tlaxochimaco es cualquiera cosa menos un punto militar defendible. Dominado por dos enormes montañas que requerirían para fortificarse y ponerse en servicio, ingenio y dineros que no tenían mis conterraneos, la tentativa resultaba todo lo heroica, todo lo sublime que se quiera; pero también todo lo inútil y sin resultados prácticos que vale imaginar.

Por eso Douay, que pretendía á toda costa causar asombro en Francia mediante sus proezas militares, á fin de emular y aventajar á su enemigo Bazaine, al sa-

ber que en Tlaxochimaco había un grupo de doscientos ó trescientos guerrilleros dispuestos á batirse, dirigió allá dos mil hombres de los que mandaba, entre franceses y traidores.

Empresa fácil fué adueñarse del lugar; pero al querer desarmar á la gente y acabar con la resistencia no marchó todo con tanta fortuna: en las casas consistoriales se habían hecho fuertes diez rancheros tozudos y resueltos como aragoneses. Permanecieron casi inactivos durante el tiroteo desde el cerro; pero cuando recorrían la población faginas de quince ó veinte hombres que penetraban á las casas, sacaban á empellones y quizás á ballonetazos á los que se resistían, tomaban lo que veían de su gusto—telas, dinero, caballos ó mujeres—y seguían descerrajando puertas y robando—todo con el fin laudable de enseñarnos la civilización y las formas que caritativamente había anunciado el mariscal Forey, nos haría conocer en sus menores ápices—los temerarios aquellos empezaron á arrojar balas de sus fusiles y á herir á mansalva soldados franceses. Ca-

yeron primero dos de ellos, dos fueron heridos gravemente y el resto se dispersó; al darse cuenta del caso, el general, que descansaba en el mesón de Nuestro Amo, dispuso se enviaran cien hombres y que se posesionaran de una altura que dominaba la residencia del Ayuntamiento. En tonces empezó lo épico y asombroso: los rancheros, hechos á la caza, á las fatigas guerreras y dotados de puntería excelente, siguieron haciendo bajas—hay quien diga que pasaron de quince—en el piquete enemigo; pero impedidos para seguir en la lucha porque á cada momento caía muerto ó mal herido uno de los defensores, el fuego que habían sostenido fué menguando. Cuando ya no quedaban sino dos, uno se dedicó á disparar y otro á darle los fusiles cargados; pero pronto los franceses y sus auxiliares, lanzando ahullidos de rabia, se precipitaron por la escalera de madera, incendiaron la puerta que daba á la azotea, y sin respetar el valor ni la desgracia fusilaron á aquellos infelices, dejaron sus cuerpos abandonados y les pusieron sobre las cabezas un letrero que decía que se les ma-

taba por ladrones y salteadores. ¡Salteadores y ladrones los que defendían su patria y su hogar, y ejecutores de justicia los que entraban á saco en un pueblo heroico y pacífico!

En una de las casas cercanas al cuartel estaba enfermo de fiebre, Jáuregui, el jefe de los defensores de la población. Oyó cuando los invasores trataron de forzar la puerta del alojamiento, notó cuando subieron la escalera á gran prisa y se fijó en que hicieron alto en el último peldaño y llamaron con voces y golpes. Jáuregui se levantó, empuñó un cuchillo de monte que guardaba á la cabecera de la cama y luego que oyó ceder la puerta hundió su arma en los primeros hombres que entraron: un *maréchal de logis*, un alférez, un coronel traidor y tres suavos fueron su parte en la acción. Al empujar por la escalera de caracol el último cadáver, se precipitó semi-desnudo al balcón con intento de saltar hasta el suelo; pero una bala certera lo dejó tendido en el sitio.

La iglesia del lugar es un viejo y severo edificio de principios del siglo pasado. En

1864 conservaba todavía la hermosa pátina que el tiempo le había impreso y no había sido ridículamente enjalbegado como después lo fué por un capellán de mejores intenciones que instinto artístico. La construcción está superada por una estatua esculpida en piedra que representa, en actitud de orar, á un caballero vizcaino corregidor de la villa de Aguascalientes, que mandó levantar la parroquia á sus expensas en 1705.

Se venera en la iglesia una devotísima imagen de talla que representa á Jesús Crucificado, y que el sacerdote que en aquel tiempo ejercía en Tlaxochimaco la cura de almas, gran punto en cosas de escultura y por supuesto distinto del de los revoques impertinentes, atribuía nada menos que á Juan de Juní ó á Hernández de Valladolid.

El Señor de los Azotes ó nuestro Padre Jesús, como le llama la gente, es un ejemplar admirable de aquellas esculturas pintadas, especialidad de España y de sus ex-colonias. Erizado el pelo, cárdenos los labios, marchita la tez, las heridas ma-

nando sangre y agua, patentes las huellas de los azotes, el Señor impresiona con su tremendo realismo más que impresionarían cien efigies marmóreas hechas por el artista más hábil. Yo mismo, cuando era niño, recuerdo haber pasado tártagos y penas, al ver aquellos ojos al propio tiempo doloridos y terribles, compasivos é inexorables.

Cuando el lugar se rindió, el destacamento de la Parroquia quedó prisionero; pero á pesar de eso, el tañido de la campana tocando á rebato y el fuego que salía de la torre no cesaban un momento, causando los disparos no poco daño.

Mil inquisiciones se hicieron en la bóveda y el campanario, pero todo inútil. Al día siguiente se vió al Señor, objeto quízás de violencias afrentosas, en el suelo y desprendido de la cruz, mientras el sol, que se filtraba por las vidrieras, hacía florecer sus llagas, abiertas como enormes rosas sobre el pecho. Entonces el pueblo, el primer poeta del mundo, sostuvo y propaló que El era quien había disparado tiros y hecho sonar la gran campana.

Yo puedo revelar la parte esotérica del caso, porque Ramón González, el autor de la hazaña, me la refirió con todos sus detalles. Ramón, que era un chico arrestado y maleante, se ocultó tras la efigie de don Martín de Rivas y Sotomayor, y desde allí estuvo disparando sin descanso, con riesgo inminente de ser fusilado si se le descubría. Después, con la complicidad de los vecinos, se escapó por bóvedas y azoteas hasta quedar á salvo. Pero vaya usted á hacer aceptar estas cosas á gente que cree en lo maravilloso como en su propia vida.

La influencia de aquel 29 de enero de 1864 sobre la moral de los habitantes del pueblo, ha sido incalculable.

“Se resistió á los franceses aquí y en Puebla. ¡Nada más! ¡Hicimos más que México y que Guadalajara!” Y no cambiarían su condición de ciudadanos de aquel lugarejo ni por una grandeza de España ó una paria en el Reino Unido.

25 de agosto de 1900.

LOS BOMBONES

LOS comensales habían sido en el número que la regla marca: más que las gracias y menos que las musas. En toda la comida habían reinado esa alegría fina, esa soltura simpática, esa cordialidad comunicativa que hacen que la reunión más trivial se convierta en una verdadera fiesta.

El dueño de la casa, el cultísimo capitalista don Antonio Fernández Madrid, uno de los pocos ricos que se hacen perdonar sus talegas mediante su excelente humor, su cortesanía y su buena gracia, hizo la indicación de que se tomara el café en el departamento del juego de bolos, y tras él